



Lectio divina. D. II. T.O



JUAN 1,35-42. En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice:

–Este es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta:

–¿Qué buscáis? Ellos le contestaron:

–Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? Él les dijo: –Venid y lo veréis.

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

–Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: –Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).

Palabra del Señor

Juan bautizaba cerca de la desembocadura del río Jordán, cerca de Jericó. ¿Qué hacían allí Andrés y Pedro, que son del norte, de Galilea? Del texto se podría deducir que Andrés era discípulo del Bautista. Más allá de esta consideración podemos adentrarnos en el núcleo de la escena evangélica. Hay un anuncio inicial («este es el cordero de Dios»); sigue un deseo de búsqueda que Jesús sabe interpretar («¿qué buscáis?»); una pregunta aparentemente torpe que desvela el deseo de «estar» con Jesús (¿dónde vives?) y una invitación explícita: «venid y lo veréis». La fe cristiana nace de un encuentro. En los evangelios sinópticos es Jesús quien toma la iniciativa y llama al seguimiento. En este caso el esquema es distinto: anuncio –deseo de seguimiento– invitación de Jesús. Jesús se deja buscar y Jesús llama. La iniciativa que brota de nuestro corazón, quizá cansado, quizá vacío o empobrecido, encuentra respuesta en Jesús. La vocación no es un «don extraordinario» para unos pocos; la vocación/llamada y la respuesta/acogida forman parte fundamental de la experiencia cristiana.

Meditatio

El testimonio de Juan Bautista. El Bautista que ha entregado su vida a preparar el camino del Señor tiene perfectamente clara su vocación y, rodeado de sus discípulos ha dicho claramente: «Yo no soy el Mesías», «detrás de mí viene uno al que no soy digno de desatarle la correa de la sandalia» y a este lo presenta como el «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», afirmando que «conviene que Él crezca y yo disminuya». Por eso no pondrá ninguna pega para que sus propios discípulos, aquellos que tenían a Juan por el Mesías, cuando han oído la voz del Maestro, se vayan tras Él.

De la llamada al compromiso. Pero el encuentro con Cristo, la experiencia de Dios no puede dejarnos indiferentes, nos tiene que sacar de nuestras seguridades para ponernos en camino. Vemos cómo Andrés va enseguida a buscar a su hermano Simón y llevar lo a Jesús.

También nosotros tendremos que salir a buscar a nuestros hermanos los hombres para llevarlos al encuentro con Cristo, un encuentro que transformará sus vidas y los convertirá en ciudadanos del Reino. Tenemos que buscar a hermanos nuestros que caminan en la miseria y son víctimas del egoísmo y la injusticia de los hombres para que se dejen iluminar por la luz de la resurrección.

Oratio

Nos llamas, Padre nuestro, a compartir la vida contigo, a hacer de nosotros tu casa. Queremos tener abiertas para ti las puertas de nuestra vida.

Contemplatio

Lee y repite con frecuencia:

« ¿Qué buscáis?»; ¿dónde vives? «Venid y lo veréis».

